

LA CRISIS DE LAS CIENCIAS: CRISIS EN EL CONOCIMIENTO DEL MUNDO

Felipe Johnson
ejohnson@unab.cl
Universidad Andrés Bello

RESUMEN

El presente artículo se prepone reflexionar acerca de cuál es la particular naturaleza de una crisis en las ciencias, al modo como Husserl la realza como tema central de su obra *La crisis en las ciencias europeas*, distinguiendo su puesto propiamente filosófico. De este modo, las siguientes consideraciones pretenden establecer que la crisis aludida por Husserl es un momento perteneciente a la propia estructura del conocimiento del mundo, i. e., al conocimiento natural, y que su detección posee un significado fundamental para el ejercicio filosófico, a saber, comprender su propio derecho.

PALABRAS CLAVES: Ciencia, crisis en las ciencias, conocimiento, fenomenología, Husserl.

ABSTRACT

«The crisis of the sciences: a crisis in the world's knowledge». This article aims to understand what is the particular nature of a crisis in science, as Husserl emphasizes it in his work *The Crisis of European Science*, distinguishing its proper philosophical level. Therefore, the following considerations are intended to establish that the crisis referred by Husserl is a moment belonging to the structure of the knowledge of the natural world, and that its detection has a fundamental significance for the philosophical exercise: to understand its own right of being.

KEYWORDS: Science, Crisis on Sciences, Knowledge, Phenomenology, Husserl.

I. LA IDEA DE CRISIS EN SU SENTIDO *ACRÍTICO*

El planteamiento explícito que afirma que las ciencias se encuentran en un eventual estado de crisis no deja de ser relevante. Éste parece constituirse en una advertencia respecto a un inminente peligro en ellas, el cual requiere ser realizado en cuanto pareciera cuestionar su más propia posibilidad de desarrollo. En efecto, la detección de una eventual crisis no parece referirse a un hecho concreto más junto a otros, como los que dicen relación con las diversas dificultades metodológicas que ha debido superar la investigación científica en su intento de elaborar teorías acor-



des a la observación empírica. Postular una crisis en las ciencias parece más bien ser una caracterización que intenta aprehender el estado general de su propia *cientificidad*. Parece, de hecho, poner en duda su propio modo de despliegue, o, quizás, los fundamentos del mismo.

Sin embargo, dicho planteamiento no es de suyo claro, y abstraerlo de matizaciones respecto a qué es lo que en efecto mienta, puede ocultar la problemática auténtica desde la cual emerge, reemplazándola con determinados problemas cuyas soluciones jamás llegarán a constituirse en una intervención de fondo respecto a lo que implica esta aludida crisis. Así, mientras no se determine con claridad el sentido propio del planteamiento de una crisis en las ciencias, toda reflexión sobre la misma queda expuesta al peligro de ser conducida a una consideración *acrítica* de la problemática en cuestión. La discusión que desde ella sea asumida podría resultar desde su comienzo infructuosa en relación a las nuevas posibilidades de trato con las ciencias que vendrían implicadas en la detección de una crisis en su significado más propio.

En primera instancia, considerar a las ciencias en una crisis puede tratarse de una caracterización amplia de la situación en la que éstas se encuentran en un período de tiempo específico. Con ello no pareciera más que realizarse una evaluación del estado general del progreso científico en un período histórico. Desde esta perspectiva, «crisis» indicaría un fracaso en el programa mismo que ha asumido la investigación científica, el cual, en un principio, se habría desarrollado satisfaciendo las expectativas cognitivas que la vida humana espera de ella, pero que, en un estadio posterior, debido a una eventual pérdida de orientación en su quehacer, no habría podido concretar su praxis de la manera como en un comienzo lo habría hecho.

Las ciencias, en este caso, se encontrarían en un estado evaluado como «crítico», donde «crítico» indicaría acá una eventual «paralización». El modo concreto de confrontación con la realidad que ella es, exhibiría en su propio ejercicio un carácter «defectuoso», pues no aseguraría en plenitud lo que le es dado asegurar, i. e., *la optimización de la vida humana*. Las ciencias positivas, cuya pretensión no es, por cierto, sólo adecuar la observación a la realidad observada —lo cual resulta también ser una formulación problemática— sino más aún volver efectivo el trato con la misma mediante una *anticipación* de hechos que garanticen un cierto dominio del mundo, se muestran en una íntima relación con una comprensión de ciencia entendida como una actividad de la propia vida, mientras que sus resultados vendrían a ser los productos que a dicha actividad le es dado concretar. En definitiva, el concepto de *crisis* que queremos caracterizar se circunscribe a una consideración de las ciencias en tanto *praxis*, de manera que en lo que sigue deberemos atender a una crisis en las ciencias en el sentido de una crisis en un ejercicio particular que le es dado a la vida humana ser. Desde esta perspectiva será posible afirmar que en la medida en que dicha actividad se vea perjudicada, la ciencia pasaría a ser «evaluada» como en «estado de crisis»¹.

¹ Remitimos acá a la comprensión de «crisis científica» desarrollada por Thomas KHUN en su obra *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. Cf. KUHN, Thomas, *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, México: FCE, 1986, en especial capítulos VII y VIII.

Cabe destacar que el énfasis de esta idea de «crisis», al arrancar de la detección de una eventual ineffectividad en el ejercicio científico en relación a los resultados pretendidos, se funda en el interés por resguardar a las ciencias mismas y posee un sentido eminentemente *correctivo*. En el interés de cuidar un modo concreto de confrontación con el mundo, del cual se espera una optimización del trato con el mismo, nace la pretensión de corregir dicho modo de confrontación para garantizar a cada momento el rendimiento esperado. De esta manera, esta comprensión de crisis acentúa la obtención de resultados y concibe la praxis científica como un modo de proceder cuyo sentido es adquirir productos.

Entendido así, el planteamiento de una eventual crisis en las ciencias deja abierto un contexto de discusión con tareas ya determinadas. Se plantea, en efecto, un peligro en el quehacer científico, un peligro en relación a su avance, y con él surgen tareas que implican la búsqueda de una salida de la inminente parálisis. Lo importante en este caso, sin embargo, es que la ciencia en tanto ciencia no se ve como lo propiamente en peligro. Corresponde más bien a un estado defectuoso en la realización del ejercicio, y las tareas que desde ahí se asumen se hacen cargo de la reconducción de la praxis científica, de manera que los obstáculos que impiden su desarrollo sean superados, ya sea al modo de la readecuación o, eventualmente, de la reformulación de nuevas teorías, en conjunto con la elaboración del instrumental de experimentación requerido. No obstante este ejercicio de corrección implica una reorientación en el modo de proceder de la praxis científica, la pregunta por dicho modo de proceder en cuanto modo concreto de confrontación con la realidad permanece sin respuestas. Se trata, así, de una comprensión *ingenua* que se concentra en una preocupación por el modo como ejecutar la praxis, mas no de la praxis misma y, lo que es fundamental, de su propio sentido².

Atendiendo a lo anterior ya es posible entender el carácter acrítrico del concepto de crisis en el sentido expuesto de *corrección*. La corrección resguarda aquello que se ha asumido *sin más*, pero no se detiene en lo propio de aquello que se ha propuesto resguardar, y menos aún en el sentido auténtico de *su* resguardo. Dado que la ocupación correctiva privilegia la ejecución de la praxis, dicha ocupación posee un carácter eminentemente temporal, se ocupa de tareas fácticas, e insiste en el desarrollo de la praxis científica. Por lo mismo, parece no pertenecerle a ella la posibilidad de tomar distancia de su propio quehacer. En síntesis, este concepto de crisis corresponde a un modo de ocupación que llamaremos *mundano*, i. e. arraigado ya en necesidades fácticas, y por lo mismo, acrítrico al sentido último de su pretensión correctiva.

² Cf. HUSSERL, Edmund, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften*, en: *Gesammelte Schriften* 8, Hamburg: Felix Meiner Verlag, 1992, p. 52: «Así, nunca se ha tomado conciencia del problema radical, en relación a cómo tal ingenuidad efectivamente fue y seguirá siendo posible como hecho histórico vivo, cómo en cada caso pudo emerger un método que está dirigido realmente a una meta, la solución sistemática de una tarea científica interminable, y que para ello otorga continuamente resultados dudosos, y luego, a través de siglos, le ha sido posible prestar utilidades, sin que alguien posea una comprensión real del sentido auténtico y de la necesidad interna de estas capacidades». (Las citas de Husserl que sean incluidas en este artículo corresponderán a traducciones del autor).



Sin embargo, el carácter acrítico de la idea de crisis, en cuanto corrección, no conduce necesariamente a desecharla. Nuestro interés es abrir un campo de discusión que nos lleve a entender cómo es que a la consideración filosófica no parece pertenecerle esta idea, ya que este nivel práctico de tematización no corresponde al suyo. En otras palabras, la discusión anterior podrá ayudarnos a concebir en concreto el nivel fundamental desde el cual Husserl puede realzar una *crisis* en la ciencia europea de carácter estrictamente fenomenológico y, desde acá, podría contribuir a entender cómo es que el planteamiento de una crisis en las ciencias puede constituirse en una advertencia radical, desde la cual surge un conjunto de tareas que comprometen a la consideración filosófica misma.

Importante es observar que la posibilidad de la corrección es de carácter mundano, y, como tal, se despliega sostenida a lo que Husserl denomina *mundo de la vida*³. Obedece a los requerimientos de la ejecución efectiva de la praxis y, dominada por estos requerimientos, se encuentra de facto orientada por una dirección concreta de interés, a saber, *ajustar* la realización del ejercicio en vistas a las expectativas ya preasumidas acerca del mismo. Se trata de una actividad que viene exigida en la confrontación con el mundo práctico en el que ella se realiza, pues corresponde a la actividad de un sujeto que *vive en* direcciones de intereses. De este modo intentamos realzar el nivel fáctico en el cual se despliega la comprensión de una crisis en las ciencias en el sentido de corrección, haciendo notar que el planteamiento que la realza viene dado ya desde una caída perteneciente al enraizamiento de la praxis misma en *su* mundo, y que, en este caso, dice relación con asumir sin más esta posibilidad de ser que es la ciencia, vivir en las expectativas que se tienen de la misma —la esperada optimización del trato con el mundo— e insistir en que dicha posibilidad se realice, por decirlo así, a *toda costa*.

II. LA «HUMANIDAD»: UNA PRIMERA INDICACIÓN AL PUESTO DE LA IDEA RADICAL DE CRISIS

Desde las discusiones precedentes ya es posible advertir que una consideración de carácter fenomenológico que realce en las ciencias una crisis no puede situarse en el nivel *mundano* expuesto anteriormente. Su sentido fundamental radica necesariamente en la suspensión —posibilitada, por cierto, por la *epojé*—⁴ de la tendencia propia de la actitud natural que es la de *atenerse* a *su* mundo de eviden-

³ Con esta breve descripción de aquello que podría implicar la posibilidad práctica de la *corrección*, intentamos observar de modo más concreto algunas apreciaciones que el mismo Husserl hace del modo como el *sujeto interesado* vive en el mundo de la vida. Cf. *ibíd.*, p. 143: «Como otras pretensiones, intereses prácticos y la realización de los mismos pertenecen al mundo de la vida, lo suponen como suelo y lo enriquecen en el actuar, así es válido esto también para la ciencia, como pretensión y praxis humana».

⁴ Cf. *ibíd.*, p. 153: «Mediante la *epojé*, todos ellos [los intereses de la vida] quedan de antemano fuera de acción, y, de esta manera, queda fuera de acción todo el vivir arrojado de carácter natural que está dirigido a las realidades 'del' mundo».

cias, al mundo con el que trata, a su suelo *primigenio* de acciones. La consideración fenomenológica es tal sólo en cuanto se abstrae de aquel modo de confrontación con la realidad que Husserl caracteriza como un «schlicht geradehin Dahinleben»⁵. Expresión con la cual se indica que a la vida inmediata le pertenece un *arroyo hacia y en* el mundo de la vida, en el cual se atiene al mismo, *involucrada* con sus exigencias, despreocupada del sentido de su propio despliegue, sólo siendo al modo de *realización* de sí misma.

Nos hallamos, de este modo, en el momento en el cual comienza una bifurcación fundamental en relación al modo como a la vida humana le es posible confrontarse con su mundo inmediato. En efecto, desde el realce de la primacía *fáctica* del mundo de la vida se indica, por un lado, que hay una relación de fundación entre el mundo de la vida y los posteriores niveles de trato con el mismo. Niveles que, como ya decíamos, son *interesados*, es decir, corresponden a lo que Husserl denomina *Lebensinteressen*. Por otra parte, sin embargo, se abre un camino que dista mucho de pretender negar dicho mundo y las distintas direcciones de intereses que desde él se despliegan⁶, sino más bien, que conduce a permanecer *con éste*, aunque sin la pretensión de atenerse a él, dominado y ciego en sus exigencias, sino que tematizando explícitamente el modo como se despliega cada atenerse al mundo de la vida, y desde ahí, ganando claridades respecto a los distintos sentidos rectores de dichos intereses. Intereses que, en definitiva, fundan el modo de donación del ente con el cual la vida se confronta. En otras palabras, se sigue tratando del mundo de la vida, pero para aprehenderlo de una vez en el *modo universal como este mundo está ya ahí, pre-dado para la vida*⁷, volviendo explícito su carácter fundacional total en relación a las direcciones que puede asumir ciegamente la *vida interesada*⁸.

No obstante, las aclaraciones de Husserl respecto a esta nueva posibilidad de confrontación con el mundo parecen ser expresadas de modo algo pasional y, quizás, algo indeterminado: «Somos, —cómo podríamos prescindir de ello— en nuestro filosofar, funcionarios de la humanidad»⁹. Es justamente el término «humanidad» el que anuncia acá el nivel más propio de esta particular confrontación

⁵ Loc. cit.

⁶ Ya lo decía Husserl en *Ideas* 1, al destacar los elementos de la duda cartesiana que pertenecen efectivamente a la posibilidad de abrir la esfera de la conciencia, dejando de lado la *negación*, entendida, a saber, como el privilegio que se otorga a la antítesis «el mundo no existe» por sobre la tesis «el mundo existe». Cf. HUSSERL, Edmund, *Ideen zu einer reinen Phänomenologie*, en: *Gesammelte Schriften* 5, Hamburg: Felix Meiner Verlag, 1992, p. 64.

⁷ Cf. HUSSERL, Edmund, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften*, p. 149: «Al contrario de toda ciencia objetiva hasta ahora esbozada, entendidas como ciencias en el suelo del mundo, sería una ciencia acerca del cómo universal de la pre-donación del mundo, es decir, acerca de aquello que constituye su ser-suelo universal para cualquier objetividad».

⁸ En este contexto de problemáticas, no es una observación menor la que expresa José Ruiz, cuando destaca los problemas metódicos que implica la aprehensión de algo como el mundo de la vida, el cual está ya antes de todo ejercicio posible de aprehensión. Cf. RUIZ, José F., «Ciencia empírica y mundo de la vida», en: *ALEA: Revista internacional de fenomenología y hermenéutica*, vol. 7, España: 2009.

⁹ Cf. HUSSERL, Edmund, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften*, p. 15



con el mundo, i. e, la *filosófica*. Siguiendo sus discusiones, podríamos decir que a la filosofía le es necesario un modo de proceder propio, a saber, constituirse en una realización plena de la *razón*, pues, como él mismo afirma, ella «no es otra cosa que racionalismo»¹⁰, es decir, *racionalidad* conducida a sus posibilidades últimas.

Ciertamente, el peso histórico de las formulaciones mencionadas impide una comprensión adecuada de lo que en ellas está propiamente en juego. Es importante, sin embargo, destacar que éstas anuncian efectivamente la fuerza auténtica de la investigación fenomenológica, de modo que se presentan, a nuestro juicio, como el verdadero norte de toda tematización propiamente filosófica. Entendidas en el contexto de discusión husserliana, dichas expresiones no parecen meramente pretender realzar altruistamente el rol del pensamiento filosófico, como si se tratase de un resguardo de la especie humana, una especie —por decirlo así— de rango superior a la de otras criaturas, ni menos aún, se pretende con ellas vincular el modo de pensar que acá tiene lugar a escuelas filosóficas que han instaurado a la razón como la esencia humana por excelencia, a partir de supuestos acríticamente aceptados, como lo es la comprensión de Hombre en tanto síntesis de alma y cuerpo.

La confrontación de Husserl con Descartes y con Kant muestra que hubo un modo de pensar con pretensiones dirigidas hacia el problema fundamental de la *humanidad*, hallándose cercanos al rendimiento propio de la *epojé*, pero él mismo destaca que a ninguno de ellos le fue posible abrir definitivamente la esfera auténtica de lo que él ahora entiende por *razón*¹¹. La razón (Vernunft), «en la cual la humanidad es»¹², no indica un mero componente de la «cosa física» denominada «hombre», presente entre otras cosas físicas que, en su suma, constituirían la realidad. La razón está *más allá de la realidad*, es el nivel de apertura de la realidad en cuanto realidad. La detección de la razón y la reflexión en torno al modo apropiado de un acceso a ella, otorga la posibilidad de iluminar, de una vez por todas, la *subjetividad transcendental*, es decir, aquel momento fundacional de la manifestación del mundo. El ingreso a la esfera de la subjetividad transcendental es, en otras palabras, el ingreso a un modo de despliegue de la vida humana, donde se juega, en su modo *principal*, la *constitución* del mundo. Desde esta perspectiva, el *fenómeno de la humanidad*, y la detección de la racionalidad en ella, no es otra cosa que el horizonte fenomenológico propio de la aludida crisis de las ciencias. Es la indicación de aquel nivel específico de tematización, en el cual lo propiamente *crítico* de la cientificidad de la ciencia puede ser advertido. Estamos ante la *humanidad*, en tanto *constituidora de mundo* (Welt-konstituierende)¹³.

Sin embargo, con esto no se agota completamente lo que el término «humanidad» debe señalar. Efectivamente se ha aludido a un sentido fundamental en el

¹⁰ *Ibíd.*, p. 273.

¹¹ *Ibíd.*, p. 274. En este mismo sentido, Husserl comenta también: «El Racionalismo de la época de la Ilustración queda fuera de la discusión, no podemos seguir más a sus grandes filósofos y a aquellos del pasado». *Ibíd.*, p. 200

¹² *Ibíd.*, p. 275.

¹³ *Ibíd.*, p. 185.

mismo, como es aquel que advierte el momento genético de la manifestación de lo que comúnmente se entiende por «realidad», es decir, la «humanidad» entendida como el ámbito fenoménico donde acaece la donación de *sentido* de un mundo. No obstante, dicho término mienta, además, una *concretud* respecto a su carácter de *constituidor de mundo*. En *La crisis* es posible encontrar una alusión a una así llamada *Socialidad Universal* (universale Sozialität), respecto de la cual Husserl precisa: «en este sentido, la ‘Humanidad’»¹⁴. Ciertamente, con dicha aclaración no se destaca ya el carácter trascendental comentado anteriormente. En este caso se trata de una advertencia al hecho de que a aquella realidad articulada mediante actos intencionales le pertenece un carácter *comunitario*, vale decir, se acentúa la constitución *intersubjetiva* de un mundo. De este modo, con el término «humanidad» no sólo se intenta aprehender la dimensión trascendental de la constitución de un mundo, sus sentidos intencionales, sino también se señala la configuración específica de un mundo de carácter *común*¹⁵ en una *conciencia común* (Gemeinschaftsbewußtsein)¹⁶. «Humanidad» implicaría, entonces, la problemática general de la articulación concreta de un mundo constituido por actos que, en última instancia, dan lugar a un «horizonte común de cosas existentes realmente»¹⁷. En consecuencia, entendida como «subjektividad que intencionalmente realiza el rendimiento de la validez del mundo en un acto comunitario»¹⁸, el término «humanidad» indicaría el fenómeno de la comprensión concreta de un mundo común, es decir, una *época*.

Ambos sentidos de «humanidad», i. e. su dimensión trascendental y aquella de concreción específica intersubjetiva, no dejan de ser relevantes para nuestra discusión. La problemática de la articulación concreta de un mundo es la que, a nuestro juicio, permite delimitar el concepto de crisis en su sentido radical. Desde ella podremos distinguir con claridad que una crisis principal en las ciencias tiene un carácter estrictamente *trascendental*, sin embargo, para ello es necesario atender a los momentos que están implicados en la configuración de un mundo, vale decir, aquello que le pertenece a una comprensión, en última instancia, *histórica*, en la cual se manifiesta un mundo común para diversos individuos. La tarea que nos hemos propuesto nos conduce, así, a una revisión del modo como un mundo se constituye en su especificidad, y para ello deberemos atender a un momento histórico que nos sirva de ejemplo para realzar el carácter radical de crisis que queremos caracterizar, a saber, la *matematización*, según Husserl la expone en su extenso párrafo dedicado a Galileo¹⁹.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 175.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 124.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 166 s.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 167.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 178.

¹⁹ *Cf. ibíd.*, § 9. Galileis Mathematisierung der Natur.



III. LA OCUPACIÓN MATEMATIZANTE DEL MUNDO

Importante es advertir que las discusiones acerca de la matematización de la naturaleza poseen un carácter particular en las consideraciones husserlianas sobre Galileo. Si bien es cierto, la matemática ocupa un rol fundamental, ésta no es propiamente entendida como una disciplina de estudio. El énfasis, más bien, se encuentra en una comprensión de la matemática como praxis, en otros términos, como *modo de ocupación con el mundo*. Lo central de estas discusiones se juega en el propio acto de matematizar, desde el cual se despliega una idea determinada de naturaleza y, por ende, se trata de su carácter *intencional*: presentador de un tipo específico de ente.

Cabe destacar, desde un principio, que dicho modo de ocupación ha debido darse desde un suelo primigenio de evidencias. La siguiente afirmación de Husserl brinda un horizonte claro para la posterior discusión: «La verdad objetiva pertenece exclusivamente a la actitud de la vida natural-humana»²⁰. Dicho de otra manera, la construcción de la idea de Naturaleza *objetiva* y de carácter *en sí*, con la cual tratan las ciencias, atiende a pretensiones fácticas, y se enraíza en las exigencias del mundo de la vida. Un ejemplo lo ofrece la diferenciación entre las relaciones causales dadas en el propio mundo de la vida y la idea de causalidad *construida* a partir de la concepción matemática de la realidad. Desde la posibilidad, por ejemplo, de comprender que el hecho de acercar un recipiente de agua al fuego implica la posibilidad de obtener el agua a una temperatura conveniente para preparar ciertas infusiones, pueden desplegarse nuevos intereses orientados a controlar con exactitud matemática el proceso de ebullición de los líquidos mediante la medición de las oscilaciones de calor.

Ciertamente, en lugar de atender a las diferencias de naturaleza entre ambos tipos de «causalidades», relevante es en este caso realzar la vinculación entre ambas. No es lo mismo, en este contexto, la comprensión de la emanación de calor en aquella vida inmediata, arraigada en el mundo de la vida, que la oscilación del calor cuantificable. Si vemos que la vida inmediata en el mundo de la vida se mueve en el requerimiento de predecir ciertos asuntos, esto es, que le pertenezcan expectativas respecto a lo que pasará si es que se realizan determinadas acciones —obtener, por ejemplo, el agua a la temperatura deseada—, este requerimiento de predicción adquiere protagonismo respecto a su pretensión de *garantizar* lo deseado, acentuando la pretensión de control, para obtener un dominio exacto de ciertos eventos del mundo de la vida. De esta manera se configuraría un ideal que garantice dicho control, como es el caso de la idea de *causalidad universal*, y el establecimiento de patrones cuantificables en la relación entre los entes del mundo²¹.

Es así como la matematización indicaría ser un modo concreto de trato con las vivencias que arrancan desde un suelo inmediato de evidencias, y, en tanto ocu-

²⁰ *Ibíd.*, p. 179.

²¹ *Ibíd.*, p. 51.

pación fundada en él, ésta se hace cargo del arraigo de la vida misma a su mundo. La matematización responde ya, por decirlo así, a una motivación de carácter *fáctico, mundano*.

Según lo discutido, podemos preguntar, ¿de dónde arranca esta tendencia matematizante? La respuesta se halla en la estructura misma de la experiencia mundana. Si bien es cierto, la confrontación con el mundo de la vida no se da al modo de un trato con figuras geométricas²², pertenece a esta experiencia inmediata la posibilidad de un trato *posterior* con lo donado, denominado por Husserl *Abs-traktion*²³. El mundo de la vida exhibe entidades cuyos modos de ser resultan ser distinguibles, como cuando topamos accidentalmente a una persona que pasa junto a nosotros y sentimos su resistencia física, pero también tomamos conciencia de su fastidio. Como se ve, en esta esfera inmediata tiene lugar efectivamente una confrontación con entidades de un modo de ser tanto *físico*, como con otras de carácter *ánimico y/o espiritual*. No obstante, desde esta experiencia puede emerger un trato en el cual se privilegien algunas de estas dos dimensiones en principio dadas en una «unidad mundana». Así, desde esta experiencia nace la posibilidad de fijar estas dimensiones aisladamente, es decir, como esferas independientes entre sí, como resulta ser el caso de Descartes y el establecimiento de la autonomía radical entre *res cogitans* y *res extensa*.

En este contexto, conviene advertir que en el caso de la matematización de la naturaleza, la posibilidad de la *abstracción* conduce a una eventual predilección por la dimensión corpórea de las donaciones primigenias del mundo de la vida, reduciéndolo a lo eminentemente físico-extenso, como ocurre con las ciencias naturales y su abstracción de carácter universal o totalizador, «en la cual —afirma Husserl— ella quiere ver en el mundo de la vida sólo corporalidad»²⁴. De esta manera, en el asentamiento en una comprensión fiscalista de la realidad se instaura la posibilidad concreta de la aplicación de la geometría en la misma, a saber, como el estudio de aquellas formas elementales que parecen dar cuenta de las estructuras últimas y fundamentales de una realidad, en principio, *mutable*.

Con lo anterior se puede distinguir el sentido perteneciente a esta praxis matemático-idealizante, a saber, la superación de la relativo en la donación de la realidad²⁵, de modo que aquello que no pueda ser controlable, todo lo que posee carácter subjetivo y, por ende, mutable, quede relegado de la consideración como un resto no fundamental de la constitución de la realidad. Podemos ver, desde lo expuesto, que su sentido es fundamentalmente *correctivo* respecto de aquellas evidencias dadas ya en el mundo de la vida. En efecto, esta tendencia de ocupación insiste en ajustar todo aquello que en el mundo de la vida se dona como relativo²⁶ a un ideal, ciertamente fundado en las exigencias del mundo de la vida, aunque luego

²² *Ibíd.*, p. 50 y p. 131.

²³ *Ibíd.*, p. 22.

²⁴ *Ibíd.*, p. 231.

²⁵ *Ibíd.*, p. 27.

²⁶ *Ibíd.*, p. 20.



impuesto como una pre-concepción matemática del mundo donado en la actitud natural (Substruktion).

Por otra parte, es posible también delimitar el resultado acaecido desde este modo de trato correctivo del mundo de la vida. Se trata de las así llamadas *figuras-límite* (Limes-Gestalten)²⁷: determinaciones de la dimensión corpórea de la realidad, *depuradas* de todo resto subjetivo-relativo del mundo de la vida. Por esta vía se vuelve comprensible el establecimiento de dos comprensiones que sirven de horizonte para la praxis científica. Por un lado, encontramos el carácter construido de una *verdad en sí*²⁸. Construido, a saber, desde la tendencia matemático-idealizadora, cuya pretensión última es la de-puración de lo relativo del mundo de la vida. Y, por otro lado, se obtiene la concepción de la *evidencia apodíctica* pretendida por la consideración científica, entendida ésta como la naturaleza de aquellos principios puros de *carácter a priori* con validez universal. De este modo, la idealización matemática de la realidad no solamente predirige la experiencia hacia un modo de trato particular con lo experimentado, sino que, en definitiva, garantiza la objetividad de la realidad, es decir, un campo de ocupación donado de igual manera para todo observador²⁹.

Con estas consideraciones ya es posible comenzar a vislumbrar el puesto propio de una crisis en las ciencias en su sentido radical, i. e. filosófico, aunque aún no ha sido posible aprehender con exactitud dicho puesto. Podemos decir, desde ahora, que la matematización de la naturaleza no implica en sí misma una crisis en las ciencias. Fuese éste el caso, entonces la especulación acerca de una superación de la misma debería hacerse cargo de una búsqueda de otros modelos «cognitivos» a seguir, que, de alguna manera, se presentasen como opciones alternativas a la comprensión matemática de la realidad. No obstante, esta tarea no dejaría de exhibir el sentido *mundano*, y por lo mismo, *acrítico* de corrección anteriormente descrito. Siendo más precisos, debiéramos decir ahora que el puesto de la crisis, cuyo sentido intentamos aclarar, no es tampoco el del resultado de la matematización, es decir, la idea construida de Naturaleza de-purada y medible. Así también, no se trata del sentido mismo de la matematización, a saber, su tendencia correctiva del mundo de la vida, i. e., depuradora de su subjetividad. El puesto propio de la crisis se anuncia, sin embargo, en las discusiones anteriores, pero en el fondo de las mismas. El puesto de una crisis de carácter radical se encuentra, más bien, en la propia estructura del despliegue de la *experiencia mundana*, a la cual pertenece la posibilidad progresiva de nuevos tratos con aquello donado en la inmediatez del mundo de la vida. En fin, el puesto de la crisis de las ciencias se encuentra en aquellas estructuras que

²⁷ *Ibíd.*, p. 23. Habitando en dicho interés correctivo, se advierte así la posibilidad de la medición, la cual está referida al modo de trato del mundo de la vida, mediante el cual lo donado es entendido en sus dimensiones físicas, siendo así su tarea determinar estas dimensiones extensas y establecer relaciones entre ellas, según se ofrecen en una realidad ya enfocada desde esta actitud matemático-idealizadora.

²⁸ *Ibíd.*, p. 33.

²⁹ *Ibíd.*, p. 27.

posibilitan un trato posterior con lo *inmediatamente* donado, como puede ser el trato matematizante, pero como podría ser otro modo de trato con esta primera capa de evidencias.

Por consiguiente, cabe decir que la matematización y sus resultados sólo son una posibilidad concreta de arrojamiento de la vida humana, fijada ya por Galileo, y en la cual, por cierto, históricamente las ciencias permanecen ancladas. No obstante, dicho arrojamiento es parte de la estructura propia de la experiencia mundana, y justamente en aquello que ahora denominamos de manera imprecisa como «arrojo» advertimos aquel puesto de una crisis radical en las ciencias de carácter filosófico. Siendo más precisos: el puesto de la crisis estaría en el *fenómeno* «experiencia natural»³⁰, en el modo propio de la donación del mundo sensible.

IV. LA IDEA PRINCIPAL DE CRISIS: LA CRISIS EN EL CONOCIMIENTO DEL MUNDO

Según se ha podido ver, la ciencia es por naturaleza una praxis *interesada*, y como tal, posee el carácter de *ocupación* con «algo». La posibilidad misma del ejercicio de aquel modo particular de trato con el mundo de la vida que denominamos ciencias (y, por supuesto, no sólo las naturales, sino también las matemáticas)³¹, tiene su propio lugar en la *actitud natural*, y habita en las pretensiones prácticas de la vida³². Dicho de otro modo, una consideración acerca del sentido de las ciencias nos hace ver que, entendidas como *praxis mundana*, son dominadas por pretensiones arraigadas en el mundo de la vida y, desde ellas, por una constante autoimposición de futuras tareas³³, ciertamente, orientadas por nuevos intereses ya fundados en los inmediatos de la vida (lo que Husserl denomina «neu gestifteten Lebensinteressen»)³⁴.

A partir de lo expuesto, se desprende que la constitución de las ciencias requiere necesariamente del mundo de la vida³⁵, sin embargo, no es precisamente su «arrojo» al mismo aquello que comprendemos acá como carácter de «arrojo», y que ha sido anunciado anteriormente como el puesto propio de la crisis en ellas. No se trata de que las ciencias estén orientadas indefectiblemente al suelo del mundo de la vida y a sus requerimientos, sino más bien de que la actitud desde la cual ellas son posibles, la *actitud natural* (natürliche Einstellung) es en tanto «arrojada», a saber, arrojada *necesaria y exclusivamente a su propio contenido de donaciones*.

³⁰ De esta manera, Husserl afirma: «El rendimiento de la conversión total debe consistir en que la infinitud de la experiencia mundana efectiva y posible se convierta en la infinitud de la 'experiencia transcendental' efectiva y posible, en la cual, como lo primero, sean experienciados el mundo y su experiencia natural en tanto 'fenómeno'» (Ibíd., p. 156).

³¹ Ibíd., p. 1 y p. 77.

³² Cf. ibíd., p. 229: «La experiencia simple, en la cual el mundo de la vida es dado, es el último fundamento de todos los conocimientos objetivos».

³³ Ibíd., p. 209.

³⁴ Ibíd., p. 153.

³⁵ Ibíd., p. 176.



Ésta es la razón, para Husserl, por la cual las verdades universales postuladas por las ciencias no puedan alcanzar en estricto rigor la universalidad que pretenden. Y esto no competiría, por cierto, sólo a las ciencias naturales, a las del espíritu o a las formales —como la lógica o la geometría— sino también a la misma filosofía³⁶. Dado que históricamente han asumido la tendencia de la matematización, su desarrollo se ha visto determinado por el establecimiento de entidades resultantes de la idealización. No obstante, dichas entidades, las mismas que darían cuenta de los últimos fundamentos estructurales de la realidad, vienen a ser objetualidades depuradas mediante un ejercicio de «limpieza» de lo que compone necesariamente el correlato de la actitud natural, i. e., *su donación de carácter relativo*. Se trata de una depuración de todo lo *subjetivo* que hay en lo donado al modo de lo observable (*anschaulich gegeben*)³⁷. Así, la posterior «aprioricidad» y «universalidad» con las cuales se realza la dignidad de estas entidades formales por sobre todo lo subjetivo-relativo, surge de la pretensión de superponer a la experiencia del mundo de la vida entidades vaciadas de sus particularidades contingentes, de modo que puedan ser aplicables a un conjunto de individuos al modo del ajuste. En otras palabras, las verdades establecidas como *a priori* con las cuales las ciencias trabajan no han tenido otra génesis que a partir de un modo de trato particular con estas donaciones, es decir, con el contenido de la actitud natural: con sus *presentaciones primigenias*.

En este sentido, ni las matemáticas, ni alguna otra ciencia a la cual le sea dado permanecer en esta posibilidad de trato posterior con el mundo de la vida, tiene la posibilidad de hacer explícito un suelo primigenio de experiencias, pues su más íntima posibilidad de realización se juega en un trato posterior a la donación de dicho suelo. Obtenemos, entonces, que pertenece al propio sentido de despliegue de la actitud natural una permanencia exclusiva en lo que Husserl denomina *polo objetual* (*Gegenstandspol*), y que las verdades desde ahí establecidas no son otra cosa que construcciones a partir de una ocupación interesada con dicho polo. Éste es justamente el estado de arrojo de las ciencias que queremos realzar, aquel que Husserl expresa de la siguiente manera: «me encuentro en una actitud especial, en la natural, entregado completamente a los polos objetuales, completamente ligado a los intereses y tareas dirigidos exclusivamente a ellos»³⁸.

En definitiva, el establecimiento de nuevos intereses de trato con las donaciones inmediatas y autoevidentes del mundo de la vida y la autoimposición de nuevas tareas en función de concretar las pretensiones de dichos intereses, se fundan en el modo de despliegue de la actitud natural que es la ocupación necesaria con sus contenidos. Precisamente acá hallamos el fundamento para comprender lo *crítico* de las cien-

³⁶ En este contexto de discusiones, Husserl comenta: «La filosofía en tanto ciencia universal objetiva —y esto fue toda la filosofía en la antigua tradición—, junto a todas las ciencias objetivas, no es en absoluto ciencia universal. Ella trae a su ámbito de investigaciones sólo el polo objetual constituido, ella permanece ciega al ser y a la vida completamente concretos, que la constituyen transcendentamente» (Ibíd., p. 179).

³⁷ Ibíd., p. 89.

³⁸ Ibíd., p. 209.

cias. Pues, ellas no han hecho otra cosa que arrancar desde el suelo del mundo de la vida para trabajar sobre él, siéndole imposible advertir que el establecimiento mismo de las estructuras formales por ellas realizadas está previamente dominado por tendencias de carácter esencialmente *mundano*. Mientras tanto, el mundo de la vida, la primera esfera posibilitadora de cualquier interés fáctico, permanece anónimo e intacto, autónomo, en su carácter *fundante* de las posteriores donaciones que surgen a partir de él.

Si afirmamos, entonces, que es posible advertir que efectivamente hay una crisis en las ciencias, e intentamos hacer ver que el nivel donde se enuncia esta crisis no pertenece a la motivación mundana de una praxis interesada, como resultaba ser el sentido de corrección con el que comenzábamos el presente artículo, ahora podemos delimitar el nivel de esta crisis en la misma génesis de las ciencias: *la actitud natural*. Con esto, ya podemos ver que en la experiencia misma que las posibilita se encuentra un tipo de crisis radical, o si se quiere, *principal*.

Pues bien, si en este momento quisiéramos determinar exactamente qué es lo que distingue esta idea de crisis respecto de aquélla en su sentido interesado de corrección, deberíamos decir que «crisis» acá advierte una tendencia des-apropiadora inherente a la vida misma respecto a su sentido primigenio. Advierte que la vida humana sólo puede vivir en la praxis asumiendo una tendencia que la desarraiga del sentido rector desde donde ella se configura. A las ciencias, en tanto praxis, y justamente para que puedan constituirse en *praxis* les es dada esta tendencia de *avance* centrada en su realización, teniendo lugar una progresiva desvinculación con el sentido último desde donde arrancaron. A diferencia de «crisis» en el sentido de corrección, la crisis que se advierte acá en las ciencias no se refiere a la caracterización de un mero estado al cual ellas accidentalmente llegarían. Crisis, en el sentido que se nos muestra ahora, alude a la esencia propia del despliegue de esta praxis humana. Por esta razón, ésta no tiene carácter *fáctico-temporal*, pues mienta una caracterización de aquello que está presente en los fundamentos de toda ciencia en cada período de tiempo, en tanto es un elemento constitutivo de sus propios fundamentos: *la experiencia natural*.

Este sentido, si se quiere, atemporal de una crisis en las ciencias indica, entonces, una crisis en el propio conocimiento del mundo, que es precisamente el de separarse indefectiblemente de sus *orígenes*, del planteamiento explícito de los sentidos iniciales que lo configuran y lo llevan a un modo de trato concreto con lo que se le dona. En esta idea de «crisis» no está en juego el trato mismo, sino más bien la tendencia incuestionada de este modo de trato. Sin embargo, con esto no se afirma que las ciencias deben corregir esta tendencia de arrojo objetual. Fuera éste el caso, se le estaría exigiendo que no fuesen más lo que son: praxis. En efecto, ellas poseen su propia función para el despliegue de la vida, a modo del trato sistemático con este ámbito de objetualidades y es incuestionable la posibilidad de aporte que sus investigaciones implican. Se trata, más bien, de advertir que ellas, por su propia naturaleza, son ciegas al sentido desde el cual se configuran los objetos con los cuales ellas se ocupan. Ellas son ciegas a la *vitalidad transcendental* constitutiva desde la cual sus campos de estudio adquieren sentido³⁹.

³⁹ Cf. *ibíd.*, p. 179.

Así, mientras sea posible advertir esta crisis en la naturaleza de las ciencias, esta condición esencial a ellas, se hace también patente la necesidad de desplegar un conocimiento de una naturaleza particularísima, al cual le sea dado explicitar, de una vez por todas, sus sentidos rectores anónimos, de manera que las ciencias adquieran al fin un significado radical para la realización de la propia vida⁴⁰. Se puede advertir desde acá el derecho más propio de un modo de conocimiento con una pretensión distinta a la de las ciencias y, lo que es fundamental, respecto a lo que a éstas les es dado *conocer*. Un conocimiento que ya no insiste en permanecer en una consideración de carácter objetual, pues, de lo contrario, seguiría estando ausente la posibilidad de adquirir una lucidez radical, que implique un autoconocimiento apropiador de estos sentidos fundantes. Así es como se puede comprender desde el propio suelo de problemáticas en juego, cómo es que aquel tipo de acceso al mundo de la vida que, sin confundirlo con el quehacer científico, pueda ser denominado propiamente *filosofía*, posee un derecho propio respecto a su dirección tematizante. Como Husserl la entiende, con ella se presentaría la posibilidad auténtica de permanecer en aquel suelo inmediato de evidencias, sin embargo, para entenderlo como un complejo de sentidos subjetivos, i. e., constituyentes de lo objetualmente dado: un acceso al mundo de la vida en tanto complejo de intencionalidades elementales⁴¹.

Finalmente, se anuncia un nuevo sentido de resguardo de las ciencias. Un resguardo que va más allá de un mero velar por su ejecución *a toda costa*, pues de lo que ahora se trata es de hacer patente el más profundo enraizamiento del ejercicio científico en los sentidos de la propia vida humana. Dicha posibilidad de consideración, no obstante, está al margen de las que a las ciencias le son permitidas, de acuerdo a su propia naturaleza fáctica. Mientras que es la filosofía y su orientación fundamentalmente *apropiadora de la vida* aquel modo de conocer que podría dar paso a un diálogo con las ciencias, en el cual, en definitiva, acaezca una lucidez radical respecto a su sentido vital auténtico. El resguardo al que ahora se alude no es, entonces, un resguardo por la ejecución efectiva de las ciencias, sino, más bien, un resguardo de la propia vida humana y de sus posibilidades de ser.

Recibido: enero, 2011; aceptado: febrero 2011

⁴⁰ Cf. *ibíd.*, § 2.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 171.